



LIBROS E IMPRESOS SIN FRONTERAS. ESTUDIOS SOBRE HISTORIA DE LA EDICIÓN Y LA LECTURA EN ESPAÑA (1833-1936)

Jean-François Botrel

Ediciones Trea, Gijón, 2024 Editorial

Nº páginas 415

Reseña por Marta Palenque
Universidad de Sevilla

SOBRE LA HISTORIA EMPÍRICA DE LA LITERATURA

El prestigioso hispanista Jean-François Botrel ofrece en este libro distintas calas en el estudio de la historia de la edición y de la lectura hispánica en el periodo comprendido entre 1833 y 1936. El autor califica el volumen de “antología” por agrupar veintiocho trabajos ya publicados con anterioridad, revisados y actualizados, varios traducidos por primera vez, que ahora organiza como conjunto unitario. Bajo el epígrafe general “Para una historia cultural del impreso (siglos XIX-XX), reúne los artículos en torno a cinco ejes: 1. Fabricación; 2. Editores; 3. Géneros; 4. Difusión; y 5. Recepción. Estos, a su vez, aportan diferentes perspectivas: el autor considera las cuentas de la revista *Madrid Cómic*, el precio del libro en España, las empresas editoriales de Galdós (en el punto 1); la imprenta Rivadeneyra y la creación de la Biblioteca de Autores Españoles, el sueño americano de Gaspar y Roig, el empuje editorial de Lázaro Galdiano, los negocios de Valle-Inclán (en el 2); analiza materiales heterogéneos tales como estampas devocionales, las bibliotecas populares ilustradas, los almanaques y calendarios, las colecciones temáticas que suponen las cajas de cerillas (en el 3); abarca

Como citar esta reseña:

Palenque, Marta (2025): “Sobre la historia empírica de la literatura” [Reseña del libro *Libros e impresos sin fronteras. Estudios sobre historia de la edición y la lectura en España (1833-1936)*, por Jean-François Botrel]. *Revista Internacional de Historia de la Comunicación*, (25), pp. 116-118.

la Asturias finisecular, el mercado del libro en Cataluña, la circulación del libro español en Francia (en el 4); y, al cabo, profundiza en el ejercicio de la lectura, principio y final del diseño y fabricación de los impresos, investigando en la representación de las mujeres lectoras o en la recepción las novelas de folletín o por entregas (en el 5). Un atractivo abanico de temas y puntos de vista en el análisis de la cultura impresa española, con reflexiones y datos de indudable interés para los investigadores.

El ensayo aporta, pues, informaciones para construir una historia empírica de la literatura. Lo que llamamos literatura posee una dimensión estética, pero, no nos engañemos, sabemos que es fruto de un proceso mercantil de fabricación donde el cálculo de la calidad de impresión y del contenido de los documentos se eligen en función de un precio y pensando en un público muy concreto. Así es en la actualidad a partir de unos criterios empresariales que se establecieron en el siglo XIX con Manuel Rivadeneyra, Gaspar y Roig o Lázaro Galdiano. Entonces surgieron productos literarios pensados para receptores específicos, en función de su poder adquisitivo y de sus capacidades lectoras. Es la gran centuria de la prensa periódica y, de la alianza entre diarios y literatura, nació el folletín, que favorecía y ampliaba la difusión y el deleite de la narrativa, porque sobre todo fueron novelas las insertas en los faldones de los periódicos. Me estoy refiriendo, pues –y en este volumen lo hace Botrel de manera inteligente y pormenorizada–, no solo a libros (volúmenes o folletos), sino también a los no libros, es decir, a los pliegos sueltos, almanaques, calendarios, estampas, aleluyas..., materiales relacionados con la literatura de cordel o los *ephemera* (cromos, cartelería, cajas de cerillas, tarjetas postales), documentos muypreciados hoy para la Filología y la Historia. Ejemplos, además, de una cultura popular escrita tantas veces ausente de los manuales de Literatura o de la cultura en general.

Es probable que conservemos en nuestros estantes alguna herencia familiar que nos devuelva a estos usos decimonónicos, extendidos a las primeras décadas del siglo XX. Mi legado fue corto, pero de mi abuela me llegó el tesoro de algunos tomos de novelas de folletín, esta vez adquiridas por entregas, en fascículos de ocho páginas, que luego encuadernó, sumando texto y bonitas ilustraciones. El papel, el tamaño y la elección de las letras, la pobre calidad de impresión y el sentimentalismo de la novela determinaban un precio y un lector concreto, una lectora más bien, porque se diseñaron, en gran medida, pensando en una receptora femenina. Recuerdo especialmente *El hijo de la obrera*, de Luis del Val (de la Editorial Castro y su Palacio de la Novela, a la que Botrel dedica un capítulo), dos gruesos tomos de una de esas historias que nunca parecen terminar, porque no hay solución para tantos problemas e intrigas, asegurando así segundas y terceras partes, y un óptimo negocio. Los novelones se alargaban en la medida en que se vendían más, se anunciaban previamente, se repartían y llevaban de casa en casa... O se encontraban en las librerías, como narra Valle-Inclán en la escena segunda de *Luces de bohemia*, cuando la chica de la portera demanda a Zaratustra (trasunto del librero Gregorio Pueyo) la entrega semanal de *El hijo de la difunta* para doña Loreta, nerviosa por saber el desenlace sentimental. La niña pregunta al librero y este se defiende: “Estaría bueno que se divulgase el misterio. Pues no había novela”. La principal arma de los folletinistas radicaba en el manejo de la intriga, creando incertidumbre, suspense, tensión, una angustia dilatada en una lectura aplazada en el tiempo. Esas largas

y retorcidas tramas alcanzaban a un público tan extenso que la Iglesia, preocupada por su influjo pernicioso, las censuró o prohibió. La popularidad de la narrativa francesa fue enorme, así como la preferencia por la novela frente a otros géneros literarios (pobres poetas, eternos segundones en el mercado). De todas estas cuestiones se ocupa Botrel. La reflexión se extiende a las colecciones de literatura popular seriadas del tipo “bibliotecas” o “novelas cortas” (la ilustración publicitaria de una de estas segundas, la titulada “El Cuento Nuevo”, a cargo de Rafael de Penagos, figura en la cubierta del libro). El cuento y la novela corta ofrecían historias completas, condensaban la acción, y terminaron por cautivar al público gracias a un muy elevado número de colecciones.

Los escritores estuvieron muy al tanto de la fabricación y el precio de sus libros, soportaron el agravio y el robo por parte de impresores avispados, e incluso intentaron convertirse en sus propios editores. Benito Pérez Galdós, con la voluntad de “apropiarse de su obra” y deseando verse impreso a su gusto, se lanzó al negocio editorial cuidando al detalle la impresión de sus *Episodios nacionales*, con resultados regulares. Tuvo en cuenta la belleza de las ilustraciones, aspecto decisivo en la forja de los libros desde el pasado siglo. Esta perspectiva de análisis –en la que se examina asimismo el caso de Ramón del Valle-Inclán– supone, sin duda, una vía inédita para acercarse a los escritores y su obra.

Los últimos capítulos de *Libros e impresos sin fronteras* se dedican a la difusión y a la lectura. Cómo llegan los libros al público, cómo circulan y por qué cauces, la destacada presencia del libro en español en el mercado francés y, finalmente, cómo, de qué manera y quiénes leen en España desde el Romanticismo hasta 1936 son asuntos sobre los que versa este magistral y sugestivo ensayo. En el último epígrafe del volumen (“Lector *in libro*”), Jean-François Botrel plantea que, a la manera de un arqueólogo, el historiador de la comunicación escrita puede y debe examinar las huellas insertas en cada documento impreso para conocer a su público ideal. Los documentos impresos y las bibliotecas existen, así, a la manera de yacimientos arqueológicos cuyos rasgos posibilitan adivinar a sus lectores. Como establecía Hans Robert Jauss allá por 1970, la historia de la literatura no tiene sentido si, junto al autor y el texto, no se sitúa al receptor. Tampoco se pueden olvidar las condiciones materiales que implica todo lo relativo al canal, al proceso de la difusión y su negocio.

El hispanista Jean-François Botrel ha ido publicando desde hace décadas centenares de trabajos sobre la historia de la comunicación impresa (puede comprobarse en su página personal de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes), es un pionero absoluto en distintas líneas de investigación y un maestro insoslayable. En *Libros e impresos sin fronteras* vuelve a iluminarnos con artículos fundamentales para el conocimiento de la cultura escrita. Para cerrar, solo me cabe afirmar que este libro constituye un punto de partida imprescindible para cuantas investigaciones podamos realizar sobre edición y lectura en España.